María, Madre del Sacerdote

Cuando el Verbo de Dios se encarnó para llevar a cabo la obra de la redención quiso ser, en todo, igual a nosotros.

Por ello quiso tener una Madre que le cuidara y se ocupara de El.

Los Evangelios nos cuentan muy poca cosa de la infancia de Jesús, pero nosotros podemos muy bien imaginarnos el amor, el interés y el desvelo con que la Virgen Santísima le cuidaría.

¿Os habéis fijado qué hacen vuestras madres?

¡Cómo os cuidaron cuando pequeñinas, velando para que nada malo os ocurriera!

Y actualmente, ¿no velan también por vosotras, por vuestra salud espiritual y física?...

Pues esto hizo la Virgen Santísima con Jesús, pero en grado mucho más elevado.

Os quisiéramos preguntar algo, ¿sigue viviendo Jesucristo acá en la tierra?

¿Qué os parece?

Sí, queridos "Angeles", Jesús sigue viviendo acá en la tierra, especialmente en sus sacerdotes que, como sabéis, deben ser "otro Cristo".

Ellos deben tener también una madre, Una madre que los comprenda, que los ayude y aliente, que siga con amor todos sus pasos.

Y, ¿quién os parece que puede ser la persona más adecuada para desempeñar esta misión? ¿Quién? La misma Madre de Jesús: María.

Ella es la que mejor conoció y comprendió a Jesús. Ella sabe los deseos del Señor y cómo quiere que sean santos todos sus sacerdotes.

Por esto, en este santo tiempo de Adviento y Navidad, acordaos de rezar mucho a la Vir-

(Continúa en la página siguiente.)

LA FE DE UN PASTORCILLO

Esto que voy a contar sucedió hace ya bastantes años en un lindo pueblecito, una de esas aldeas perdidas entre montañas en donde parece que Dios ha derrochado toda la gracia y la belleza de su poder.

En una de las más pobres casas, vivía un feliz matrimonio con sus diez hijitos. Nunca se quejaban y en su hogar reinaba la paz, porque amaban mucho a Dios.

Juanín, uno de los chiquitines de esta numerosa familia, hacía de pastor, y todos los días, con la alegría en el corazón, iba con su rebaño hacia las altas montañas en busca de buenos pastos para sus queridas ovejas.

En las alturas, su corazón puro encontraba todas las delicias contemplando el cielo y soñando, soñando que muy pronto, cuando sería un poco mayor, podría marchar al Seminario y allí prepararse para llegar a ser un santo sacerdote. Esta era su ilusión, y en su inocencia elevaba sus súplicas al Señor, para que pudiera realizar muy pronto estos anhelos.

Mas un día, al subir hacia el monte, Juanín tuvo la desgracia de caerse, con tan mala fortuna que se rompió las dos piernas.

Al anochecer, viendo sus padres que el niño no llegaba, fueron en su busca, y lo encontraron desmayado, mientras sus ovejitas iban lamiendo sus piernas maltrechas.

Pasó mucho tiempo; Juanín no podía andar. Sus ilusiones quedaban rotas. Ya no podía ser sacerdote. Un médico había dicho a sus padres que quizá andaría de nuevo, pero tenían que hacerle varias curas que, además de costar mucho dinero, le obligaban a ausentarse por largo tiempo de su pueblo. Para los desdichados padres, eso no era posible.

Juanín, en su silla de inválido y a través de la pequeña ventana de su cuarto, contemplaba el cielo azul, y pedía a Dios que le sanara, solamente porque quería ser sacerdote, y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Un día en que sus sufrimientos aumentaron y en el cual ya parecía que no habría salvación para él, se le ocurrió una idea:

— Mamá — dijo — llévame a la cumbre de las montañas, llévame a donde tantas veces he ido con mi rebaño; allí está la gruta en donde yo solía hacer oración; llévame allá, y curaré.

Su mamá quiso disuadirlo, ¡era tan difícil lo que pedía! Mas tanto insistió Juanín, que sus padres no quisieron negarle este último deseo.

Era el día de Nochebuena; hacía un frío glacial; las cumbres estaban nevadas; mas para la fe del pequeño pastor y el amor de sus padres no había dificultades; todas las vencieron y llegaron a donde Juanín, con cariño y amor, había levantado un pequeño altar a la Virgen.

Allí depositaron a Juanín, que exclamó lleno de fe:

— ¡Jesús mío, Madre mía! ¡Quiero ser sacerdote! Tú, que en un día como hoy naciste para salvarnos, haz que yo llegue a sacerdote y pueda salvar muchas almas.

¡Oh, milagro! Al poco rato, Juanín, lleno de alegría, exclamó:

— ¡Dejadme, dejadme! ¡Estoy curado, estoy curado! ¡Mirad, ya puedo andar!

Y, efectivamente, ante los atónitos ojos de sus padres, corrió hacia ellos, y en un abrazo dieron gracias a Dios.

Hoy, Juanín es un gran sacerdote; es párroco de aquel lindo pueblecito, y ningún día deja de subir a las altas montañas para dar gracias a Dios, en aquella gruta que hoy se ha convertido en una hermosa ermita.

---

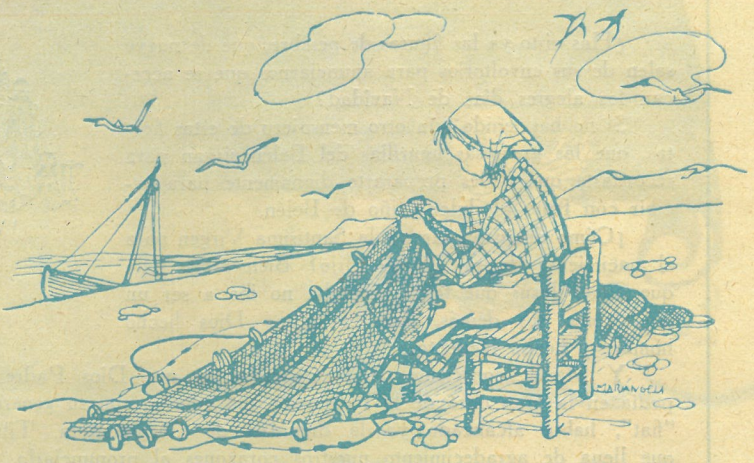
gen para que los guarde siempre bajo su protección.

Viene la fiesta de la Inmaculada. Ella es la que preside la capilla del Seminario: bajo su mirada pura transcurre la vida de los seminaristas; pedidle que se enamoren de Ella, que después de Jesús, Ella lo sea todo en sus vidas.

Y cuando llegue Navidad y como a los Reyes y a los pastores, la Santísima Virgen os ponga en los brazos a su Hijo, pedidle que nos dé muchos y santos sacerdotes, y que santifique muy de veras a los que ya lo son.

"...y dejadas todas las cosas, le siguieron"

¿Has estado alguna vez, querido Angel, en el barrio de los pescadores de algún pueblo de la costa?



Si has estado, habrás visto seguramente alguna escena como la de este dibujo: sentadas en una silla o en la misma arena, algunas mujeres o jóvenes como ésta, zurcen las redes para que no se escapen los peces.

A lo largo de la playa las blancas casitas de los pescadores con sus puertas y ventanas que parece se han vuelto azules de tanto mirar el mar. A lo lejos, en el mar, una barquita velera.

¡Qué hermoso, y qué paz!

Pues sería un día hermoso como éste que Jesús iba por las orillas del mar de Galilea. El Señor buscaba algo. ¿Sabes qué? Unos hombres que continuaran su obra: buscaba apóstoles.

En la playa vió a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y Andrés. Ambos eran pescadores y estaban echando las redes en el mar. El Señor los llamó y les dijo: "Seguidme a Mí, y Yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres".

Algo más lejos había otros dos hermanos, Santiago y Juan con su padre Zebedeo. Estaban en la barca recomponiendo las redes. Jesús también los llamó.

¿Sabes cómo respondieron a la llamada del Señor estos cuatro pescadores, rudos y sencillos, pero de buen corazón?

Los Evangelistas lo dicen con muy pocas palabras: "Dejadas todas las cosas, le siguieron".

Dejaron a sus padres, sus amigos, su patria, su oficio: todo.

Esto mismo hacen nuestros Seminaristas. El Señor pasa junto a ellos y con una mirada de amor les dice: "Seguidme y Yo os haré pescadores de hombres".

Y ellos, como los apóstoles, lo dejan todo, para trabajar solamente por Dios y por las almas.

¡Si supieras cuánto les ha costado dejarlo todo!

Querido Angel del Seminario, acuérdate de rezar todos los días por los Seminaristas y los Sacerdotes.

Pide a Jesús Sacerdote y a su Madre Inmaculada que velen mucho por ellos y que la nostalgia de lo que un día generosamente dejaron no los haga volver nunca atrás.

M. R. V.

Santas madres de los sacerdotes

¿Has visto ya las figuras de pesebre, que de nuevo salen de sus envoltorios para anunciarnos que se acercan los alegres días de Navidad?

Si no has tenido aún otro mensajero de estas fiestas, que las graciosas figurillas del Belén sirvan para recordarte que debes prepararte dignamente para recibir con fruto al dulce Niño de Belén.

¡Cómo debió prepararse la Santísima Virgen para el nacimiento de su Divino Hijo! Bien sabía Ella que aquel Jesús que tanto esperaba no iba a ser un niño como los demás, sino el mismo Dios hecho hombre y hecho Redentor.

Y María, consciente de la colaboración que Dios Padre le pedía en la gran obra de la Redención del mundo, con su generoso "fiat", había alcanzado ya la dignidad de Corredentora. Título que llena de agradecimiento nuestros corazones al pronunciarlo.

A todos, pero mayormente a vosotras, "Angeles del Seminario", esto debe recordaros que así como a la Virgen le cupo la dicha de cooperar a la salvación de la humanidad, hay también otras madres afortunadas, madres a quienes nos atrevemos a llamar "santas madres", que han sido elegidas por Dios Padre, como cooperadoras a la divina gracia, escogiendo a sus hijos para el sacerdocio.

¡Feliz suerte, la de estas santas madres! Aprovechemos, pues, esta ocasión en que veneramos a la Virgen, preparándose para la gran misión de Madre del Divino Sacerdote, pidiéndole muy fervorosamente que, al estrechar al Niño Jesús en su regazo, le hable de nuestro deseo de *que las madres cristianas cooperen a la gracia de Dios, cuando llama a sus hijos para el sacerdocio.*

ANGELES DEL SEMINARIO

ORGANO DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES DE LA DIOCESIS DE BARCELONA

SEMINARIO CONCILIAR. - DIPUTACION, 231 - TELEFONO 21 65 69

UNION DIOCESANA DE LAS JOVENES DE ACCION CATOLICA - RAMBLA CATALUÑA, 32 - TEL. 31 05 86 - BARCELONA

AÑO XII — NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1952 — NUM. 73

(Con licencia eclesiástica) 40102— ALTÉS, S. L.